

JAMES BOND ⁰⁰⁷

**Al servicio secreto
de Su Majestad**



Ian Fleming

Se ha encomendado a James Bond una misión especialmente peligrosa: la de descubrir, desenmascarar y capturar a un escurridizo criminal, inteligente y sin escrúpulos, llamado Blofeld. Bajo un nombre falso, Bond logra introducirse en un supuesto «Instituto de Investigaciones Fisiológicas» de Suiza, en el que están internadas un grupo de muchachas, aparentemente para fines de investigación. Bond encuentra allí a Blofeld y descubre sus planes criminales, planes que tenían por finalidad sumir a Inglaterra en la catástrofe. El agente descubre, demasiado tarde, las siniestras intenciones de sus astutos adversarios. Por supuesto, él logra realizar con éxito

Se ha encomendado a James Bond una misión especialmente peligrosa: la de descubrir, desenmascarar y capturar a un escurridizo criminal, inteligente y sin escrúpulos, llamado Blofeld. Bajo un nombre falso, Bond logra introducirse en un supuesto «Instituto de Investigaciones Fisiológicas» de Suiza, en el que están internadas un grupo de muchachas, aparentemente para fines de investigación. Bond encuentra allí a Blofeld y descubre sus planes criminales, planes que tenían por finalidad sumir a Inglaterra en la catástrofe. El agente descubre, demasiado tarde, las siniestras intenciones de sus astutos adversarios. Por supuesto, él logra realizar con éxito su misión; pero sólo gracias a la ayuda de una muchacha guapa y audaz –Tracy– logra escapar a la muerte por un pelo después de sufrir una emocionante persecución en las nevadas montañas de Suiza.

Desde una mundana playa de moda hasta un elegante casino de juego, y desde éste hasta el solitario Instituto situado en un pico alpino, los escenarios van cambiando a lo largo del relato, pero la atmósfera es siempre la misma, la que infaliblemente envuelve a James Bond: una atmós-

fera vibrante, cargada de tensión e indiferente, en apariencia, a la realidad de los hechos que van ocurriendo.

007

1

Marina con figuras

Era el mes de septiembre, uno de esos septiembreros maravillosos en que el verano parece que no va a terminar nunca. El Paseo de *Royale-les-Eaux*, de ocho kilómetros de largo, aparecía todo engalanado de banderas y gallardetes, y sobre esta playa, la más larga del norte de Francia, todavía seguían en pie los toldos de alegres colores, extendiéndose hasta la línea de la marea alta. Los altavoces hacían vibrar el aire con una música estruendosa, interrumpida de cuando en cuando por la voz de un locutor para anunciar que llamaban por teléfono a la señora Dufours o que el pequeño Phillippe Bertrand, de siete años, andaba buscando a su madre.

A James Bond, que en aquel momento se encontraba dentro de uno de los refugios de hormigón y cristal situados a lo largo del Paseo, todo esto le producía, sin saber por qué, una profunda emoción. Este espectáculo le recordaba su propia infancia casi hasta el punto de hacerle llorar: la finísima arena de la playa que, seca y caliente, le producía la sensación acariciadora del terciopelo, o que le lastimaba al crujiir entre sus pies delicados cuando estaba mojada; aquellos preciosos montoncitos de conchas que siempre tenía que dejar en la playa sin poder llevárselos a

casa; la delicia de nadar y nadar sin descanso sobre las danzantes olas, y también su enojo cuando le decían que ya era hora de salir del agua. Con un gesto de impaciencia, Bond encendió un cigarrillo y arrojó estos recuerdos sentimentales al archivo de las cosas muertas y enterradas hacia ya mucho tiempo en su memoria. Ahora ya era un hombre, con una experiencia de largos años llenos de peligros: ¡un espía! Y si en aquel momento se hallaba en semejante escondrijo de hormigón y cristal, era precisamente para espiar. O, mejor dicho, para vigilar a una mujer.

El sol se acercaba ya a la línea del horizonte. Uno tras otro, casi en tropel, se iban retirando rápidamente los numerosos bañistas. Y desde un extremo al otro de la playa, los vigilantes del servicio de salvamento daban su último toque de corneta anunciando el fin de su horario de servicio. La música e los altavoces enmudeció bruscamente en mitad de un compás, y el inmenso arenal de la playa quedó desierto en un abrir y cerrar de ojos.

¡Pero no desierto del todo! Allá, a unos cien metros de la caseta de Bond, seguía todavía la muchacha, tendida boca abajo sobre un albornoz de listas blancas y negras. Bond continuaba observándola ahora lo mismo que antes, pero ya con una atención un poco más vigilante y tensa. No sería exacto decir que la vigilaba simplemente: lo que él hacía en realidad era velar por ella. Su instinto le decía que la muchacha, por alguna razón desconocida, se encontraba en peligro. ¿O tal vez aquella sensación suya se debía a que en el aire flotaba algo así como un olor a peligro? En todo caso, él sabía que no debía dejarla sola, y menos en aquellos momentos en que todo el mundo, sin excepción, se había marchado ya.

Pero en esto se equivocaba. No todos se habían ido. A su espalda, y delante del Café de la Playa, situado al otro lado del Paseo, dos hombres enfundados en gabardinas y tocados con gorras de color oscuro estaban sentados a una mesa junto al borde de la acera. Repantigados frente

a sendas tazas de café a medio consumir, observaban atentamente la luna de vidrio esmerilado de la caseta tras la cual se dibujaba borrosamente el contorno de la cabeza y los hombros de Bond. También vigilaban, aunque con menor atención, la lejana figura de la muchacha que aparecía como una mancha blanca en la arena. La actitud inmóvil y silenciosa de los dos hombres y su atuendo, tan absolutamente impropio de la estación, producían un efecto sospechoso y poco tranquilizador, y ya los camareros esperaban que se marchasen de una vez y siguieran su camino.

Por fin, cuando la anaranjada esfera del sol tocaba ya la superficie del mar, la muchacha se puso lentamente en pie y, después de peinarse la cabellera hacia atrás con ambas manos, echó a andar a paso vivo hacia la línea donde llegaban las aguas, a un kilómetro y medio de distancia. Antes de que ella alcanzara el límite de las olas, ya habría oscurecido. Cualquiera hubiera dicho que era aquél su último día de vacaciones, su última zambullida en el mar.

Pero James Bond pensaba de modo muy distinto. Saliendo de su escondite, bajó corriendo los escalones que conducían a la playa y, con paso rápido, empezó a seguir a la muchacha. Detrás de él, los dos hombres de la gabardina parecieron pensar lo mismo. Uno de ellos echó unas monedas a toda prisa sobre la mesa, y seguidamente los dos se levantaron de sus asientos, cruzaron el Paseo y, una vez en la playa, echaron a andar rápidamente en seguimiento de Bond, marchando los dos juntos al mismo paso, con una especie de tenaz e imperturbable precisión militar.

El extraño cuadro que ofrecían las cuatro figuras humanas, avanzando de aquella manera tan peculiar por el inmenso arenal desierto, tenía algo de fantasmagórico e incluso de siniestro. En el Café de la Playa, un camarero recogía las monedas de la mesa contemplando aquellas figuras que se alejaban: la muchacha en bañador blanco, el

joven que caminaba tras ella con la cabeza descubierta y los dos tipos gordiflones que los perseguían. Aquello olía a persecución policíaca; pero también podría significar lo contrario: malhechores tras sus víctimas.

James Bond estaba ya a punto de alcanzar a la muchacha. De pronto se puso a recapacitar sobre a modo más propio de abordarla. No podía empezar por decirle: «Tuve la sospecha de que ibas a suicidarte, Tracy; por eso te he seguido hasta aquí, para impedir que hicieras semejante disparate». La joven iba acortando el paso a medida que se acercaba al agua; su espesa cabellera rubia le caía hasta los hombros. Ahora caminaba con la cabeza un poco baja, quizá absorta en sus cavilaciones, o tal vez por efecto del cansancio. Bond aceleró el paso.

—¡Eh, Tracy! ¡Espera!

La muchacha no dio la menor señal de susto o sobresalto. Avanzo unos metros más con paso ligeramente vacilante y, por fin, se detuvo. Y en el momento en que una pequeña ola se deshacía en espuma sobre sus pies, ella dio media vuelta y se encaró directamente con Bond. Sus ojos hinchados y empapados de lágrimas se encontraron con la mirada de él.

—¿Qué quieres? —dijo, apagada y triste.

—Me tenías muy preocupado. ¿Qué haces tú por aquí? ¿Qué ocurre?

La muchacha no miraba a Bond, sino a algo que había detrás de él. De pronto cerró la mano derecha y se la llevó a la boca, murmurando unas palabras que él no pudo entender. Y entonces, a espaldas del joven y muy cerca de él, una voz ordenó con amenazadora suavidad:

—¡No se mueva!

Bond giró en redondo, agachándose; ya había introducido su mano derecha en la chaqueta para empuñar la pistola. Pero los fijos ojos de plata de dos automáticas lo miraban con sarcástico desprecio.

Bond se enderezó lentamente, dejando caer la mano a lo largo del cuerpo. No obstante, lo que más impresión le producía no eran los ojos plateados de las dos pistolas, sino los rostros inexpresivos de los individuos. Ya antes de ahora había tenido ocasión muchas veces de ver semblantes como aquéllos. Bond no tenía la más remota idea de lo que ocurría ni de sus móviles, pero sí sabía que aquellos hombres eran asesinos, asesinos profesionales.

–Coloque las manos detrás de la nuca.

La voz suave y amenazadora que daba aquellas órdenes tenía un inconfundible acento del sur, de un país mediterráneo. ¿Si sería la Mafia? Aquellas caras lo mismo podrían pertenecer a hábiles agentes de la policía secreta que a matones desalmados e implacables. La mente de Bond trabajaba rápida y febrilmente, tictaqueando y zumbando como un cerebro electrónico. ¿Qué clase de enemigos podría tener él en aquella región de Europa? ¿Sería aquello, tal vez, obra de Blofeld? ¿Se habría convertido la liebre perseguida en lebrél perseguidor?

Cuando las posibilidades de salvar una situación apurada son prácticamente nulas, lo mejor es no perder la serenidad, infundir una sensación de poder y autoridad o, cuando menos, de indiferencia. Sonriendo, Bond clavó una mirada penetrante en los ojos del hombre que había hablado un momento antes.

–Me figuro –dijo– que tu madre preferiría no saber lo que estás haciendo aquí esta noche.

Los ojos del bandido brillaron con una luz nueva: las palabras del joven habían dado en el blanco. Obedeciendo dócilmente, James Bond cruzó las manos detrás de la nuca.

El primer hombre se alejó un poco para poder disponer de un «campo de tiro» más amplio y libre de estorbos; al mismo tiempo, el segundo bandido procedió a despojar a Bond de la pistola Walther que llevaba en una flexible funda de cuero sujeta al cinturón y a tantear sus ropas por

ambos costados con manos de experto. Luego, este segundo hombre se apartó también a un lado, guardándose la Walther en el bolsillo y volviendo a sacar su propia pistola.

Bond miró hacia atrás por encima del hombro. La muchacha no demostraba sorpresa ni temor. En aquel momento se hallaba de espaldas al grupo, contemplando el mar. Parecía tranquila, distraída e indiferente a cuanto la rodeaba. ¿La habrían utilizado como anzuelo? ¿En beneficio de quién? Bien, y ¿qué ocurriría ahora? ¿Lo liquidarían tranquilamente, dejando allí su cadáver para que luego la marea lo arrastrara y lo arrojara a tierra? Sí, parecía que iba a ser aquél el punto final de su vida. O... ¿tal vez no? De la parte del norte, a través del crepúsculo añil oscuro, llegó a sus oídos el vibrante ronroneo de un motor fuera borda que se acercaba rápidamente, y al mirar en aquella dirección, vio dibujarse el chato perfil de uno de los botes neumáticos tipo Bombard y con motor Johnson a popa, utilizados en aquella región para operaciones de salvamento. ¡Conque había sido descubierta su presencia! ¿Tal vez por el Servicio de Guardacostas? ¡Al fin estaba allí su salvación! ¡Vive el cielo que iba a hacer sudar tinta a los dos bandidos en cuanto llegaran al cuartelillo de policía del Puerto Viejo! Pero ¿qué historia contar a la policía respecto a la muchacha?

Bond se volvió de nuevo hacia los dos hombres e inmediatamente se dio cuenta de la amarga realidad: se habían arremangado los pantalones hasta la rodilla y estaban esperando con los zapatos en una mano y la pistola en la otra. No, no había tal salvación: aquella treta formaba parte del plan criminal. ¡Pues bien, adelante! Bond se agachó, se arremangó los pantalones y, mientras se quitaba los zapatos y los calcetines, escondió en el hueco de la mano una de las navajas que llevaba ocultas en el talón. Luego, volviéndose a medias hacia el bote, que ya estaba

encallado en la arena, deslizó la navaja en el bolsillo derecho del pantalón.

Nadie pronunció una sola palabra. Subieron al bote, primero la muchacha, luego Bond y a continuación los dos hombres, los cuales empujaron la embarcación por la popa para que el motor pudiera hacerla avanzar. El barquero hizo girar rápidamente la redonda proa del Bombard e inmediatamente se encontraron navegando de nuevo hacia el norte entre el chapoteo de las olas que zarandeaban el bote. La dorada cabellera de la muchacha flameaba como una bandera al viento, azotando suavemente las mejillas de Bond.

—Tracy, te vas a resfriar. ¡Ponte esto!

James Bond se quitó la chaqueta. Al ayudar a ponerse-la, la mano de ella tropezó con la suya y se la estrechó con fuerza. «¡Diablos!, ¿qué significa esto?», exclamó él en su fuero interno. Luego, al arrimarse más a la muchacha, notó que ella respondía. Bond miró de reojo a los dos hombres: iban sentados de espaldas al viento, en actitud vigilante, pero al mismo tiempo con una extraña expresión de indiferencia. La mano derecha de James Bond, metida en el bolsillo del pantalón, tanteó la confortadora navaja pasando el pulgar por la afiladísima hoja. Después se dedicó a repasar los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas, tamizando finamente la arena de sus recuerdos a fin de obtener el polvillo de oro de la verdad.

2

Gran turismo

Casi exactamente veinticuatro horas antes, James Bond avanzaba por la Carretera Nacional número 1 en su Continental Bentley –el seis cilindros de chasis «R» con diferencial de relación 13/40– recorriendo el rápido pero aburrido trayecto que va desde Abbeville a Montreuil. El piloto automático que todos los automóviles de la clase rally llevan incorporado le permitía correr tranquilamente y sin riesgo alguno a una velocidad de 130 a 150 kilómetros por hora, y así pudo ir pensando durante el viaje en cómo redactaría la carta de dimisión como agente del Servicio Secreto británico. Del escrito que pensaba dirigir a su jefe con la indicación «Particular. Para entregar a M», ya había hecho mentalmente un primer borrador, concebido en los siguientes términos:

Ilustrísimo Señor:

Tengo el honor de dirigirme a Vd con el ruego de que se digne aceptar, a la mayor brevedad posible, mi cese en el Servicio. Me permito exponer a continuación las razones que me impulsan –con gran sentimiento por mi parte– a tomar esta decisión.

1. Hasta hace aproximadamente un año, vine prestando mis servicios encuadrado dentro de la

Sección 00, y Vd tuvo la amabilidad de manifestarme, repetidas veces, que estaba muy satisfecho de mi actuación. Pero no puedo ocultar la decepción tan humillante que sentí (a Bond esta frase le parecía admirable) cuando, después de haber llevado a cabo con pleno éxito la Operación «Trueno», recibí de Vd la orden de que me dedicara exclusivamente a la búsqueda y captura de Ernst Stavro Blofeld y de todos los posibles miembros de su organización ESPECTRA^[1], en el caso de que esta, después de haber sido aniquilada en la fase culminante de la Operación «Trueno», hubiera vuelto a resucitar y a reorganizarse.

2. Yo sostenía la opinión –y así se lo comuniqué a Vd entonces– de que esta empresa era una pura tarea de investigación, tarea que podía ser realizada perfectamente por otras secciones del Servicio mediante los procedimientos policíacos ordinarios, es decir: por los puestos locales del extranjero, los servicios secretos extranjeros aliados y la Interpol. Pero las objeciones que entonces formulé fueron rechazadas, y así, desde hace ya casi un año, vengo realizando por todas las regiones del globo una rutinaria labor de detective, sin el menor resultado en ninguna de las pistas que he seguido. No he podido descubrir el menor rastro de Blofeld ni tampoco de esa supuestamente renacida organización ESPECTRA.

3. Mis numerosas peticiones para que se me relevara de esta infructífera misión sólo han obtenido por respuesta el silencio o bien la más rotunda negativa; del mismo modo, mi bien fundada y reiteradamente expresada sospecha (otra frase acertadísima, a juicio de Bond) de que Blofeld había muerto fue siempre acogida con una cortesía que no pue-

do menos de estimar un tanto seca. (¡Qué expresión más elegante y rotunda, aunque quizá demasiado rotunda!).

4. En atención a todo lo expuesto y especialmente al mal uso que estoy haciendo de mis cualidades y aptitudes, que, aunque modestas, me han capacitado oficialmente para realizar misiones de la Sección 00 más difíciles y también más satisfactorias para mí, me permito presentar a Vd mi renuncia, rogándole curse las órdenes oportunas para que se me dé de baja en el Servicio.

Siempre a sus órdenes, le saluda respetuosamente su afectísimo

007

«Desde luego», reflexionó Bond, enfilando una curva en S, «desde luego, hay en esta carta algunas frasecitas demasiado pomposas y retóricas. Pero, en lo esencial, es esto lo que le voy a dictar a mi secretaria tan pronto como regrese pasado mañana a mi oficina. Estoy más que harto de andar a la caza de ese fantasma de Blofeld. Y lo mismo puedo decir de la organización ESPECTRA. Pues, si ésta ha sido definitivamente triturada, ¿a qué viene el seguir insistiendo en...?». Y, entonces, de pronto, ¡ocurrió aquello! Fue exactamente en el momento en que Bond avanzaba por una recta de quince kilómetros a través de un bosque.

Hirió sus oídos el estruendo de un claxon musical de tres notas, y casi al mismo tiempo le adelantó a toda velocidad un coche deportivo de color blanco, un Lancia Flaminia Zagato Spyder descapotable. Lo conducía una muchacha tocada con un llamativo pañuelo rosa. Si había una cosa, aparte el estampido de los disparos, capaz de soliviantar a Bond y ponerlo inmediatamente en acción, era que una muchacha bonita le adelantara como un bólido. Y, según propia experiencia, las muchachas dadas, como

aquella, a competir en velocidad, eran siempre guapas y... provocativas.

Medio sonriendo con los labios apretados, Bond pisó el acelerador a fondo, empuñó el volante con ambas manos en la posición «tres menos cuarto» y se lanzó en persecución del otro coche. 160, 175, 180 kilómetros por hora, y... nada: no conseguía alcanzarlo.

Alargando la mano hacia el tablero de instrumentos, manipuló un mando rojo, y entonces el Bentley dio un salto hacia delante. Ahora, sí: ahora iba acortando rápidamente la distancia... ¡Ya estaba a 50 metros! ¡A 40! ¡A 30! Ahora podía ver los ojos de ella reflejados en el espejo retrovisor del coche deportivo. Lo malo era que estaba llegando al término de la carretera buena. A su derecha vio pasar Bond como un relámpago una de esas señales de tráfico, con una raya vertical en el centro, utilizadas para indicar «peligro».

Se encendieron un instante las luces de freno del otro coche y Bond vio inclinarse a la joven para maniobrar la palanca de cambio casi al mismo tiempo que él, reduciendo la velocidad de marcha. Momentos después entraban en un pueblecito con calles pavimentadas de guijarros, y Bond tuvo que frenar. Observó con envidia cómo el eje De Dion del auto de la joven hacía adaptarse constantemente las ruedas traseras a la escabrosa superficie. Y a la salida del pueblo, se dio cuenta de que la chica se había escabullido como un murciélago, mientras que él iba unos 50 metros rezagado.

Y así continuó aquella carrera de competición. En las rectas, Bond acortaba la distancia, pero al atravesar un pueblo o aldea, volvía a perder todo el terreno ganado a causa de la maravillosa capacidad de adaptación a la carretera de los coches Lancia y también –se vio obligado a reconocerlo– a causa de la maravillosa e impávida manera de conducir de aquella muchacha. Ante sus ojos surgió un cartel-anuncio Michelin con la indicación «A Montreuil, 15

Km. A *Royale-les-Eaux*, 10 Km. A Le Touquet Paris-Plage, 15 Km.», y entonces hubo de luchar consigo mismo para decidirse definitivamente por una de estas dos alternativas: o bien seguir su propia ruta hasta *Royale-les-Eaux*, en cuyo famoso Casino se había propuesto disfrutar de una noche divertidísima, o bien renunciar a este plan y seguir a aquella endiablada muchacha, no parando hasta averiguar quién era.

Pero la verdad es que al fin no le hizo falta tomar tal decisión: no le quedó más que un camino. Montreuil es una ciudad peligrosa para el tránsito rodado, debido a sus calles tortuosas y empedradas de guijarros y al denso tráfico de los vehículos que abastecen su mercado. Aquí ya no le fue posible seguir a la muchacha con su voluminoso automóvil. La joven conductora se había lanzado a una verdadera carrera de slalom, sorteando las dificultades y peligros del tráfico, de modo que, cuando Bond llegó a las afueras de la ciudad, ya el Lancia blanco se había perdido de vista. Ante él apareció la bifurcación de la carretera que se desviaba, hacia la izquierda, en dirección a Royale.

Allá, en la curva, divisó una leve nube de polvo flotando en el aire. Bond tomó esta curva, y en aquel mismo instante tuvo el presentimiento de que volvería a ver a la muchacha. Al llegar a las cercanías de Royale, Bond aminoró la marcha, rodando perezosamente a través del bello paisaje, entre hayas jóvenes y olorosos pinos que embalsamaban el aire con su penetrante aroma. Disfrutaba pensando en la magnífica velada que le esperaba en el Casino y evocando el recuerdo de sus pasadas excursiones anuales a esta ciudad.

¿Qué le tendría reservado Royale en aquella hermosa noche de setiembre? ¿Una considerable ganancia de dinero en la sala de juego? ¿Una sensible pérdida? ¿Una linda muchacha? ¿Tal vez aquella linda muchacha del coche deportivo? Aquella noche era, precisamente, la última de la temporada en que el Casino abría sus puertas al públi-